

# EL ALACRÁN Y EL AGUIJÓN: SOBREVIVENCIAS DEL LATINOAMERICANISMO RADICAL

Juan Cristóbal Castro

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

## RESUMEN

En el siguiente artículo se analiza cómo una parte de la academia latinoamericana hace uso del lenguaje teórico para expresar sus propuestas en relación con los dilemas políticos que se viven en Venezuela (2017-2020). Para ello se evaluaron las opiniones de diversos autores con el fin de determinar qué tanto reproducen en sus discursos los presupuestos de los sectores que avalan las corrientes autocráticas del chavismo, o qué tanto han superado los errores recientes de este proyecto para armar una propuesta más cónsona con las realidades de un contexto más complejo. Se concluye, de forma parcial, que todavía la academia reproduce las tendencias que perpetúan y justifican al régimen que gobierna a este país.

*Palabras clave:* populismo, republicanismo, rebelión, infrapolítica.

## ABSTRACT

### THE SCORPION AND THE STINGER: SURVIVAL OF RADICAL LATINOAMERICANISM

The following article analyzes how a part of the Latin American academy makes use of theoretical language to express its proposals in relation to the political dilemmas experienced in Venezuela (2017-2020). For this purpose, the opinions of various authors were evaluated in order to determine how much they reproduce in their discourses the assumptions of the sectors that endorse the autocratic currents of *chavismo*, or how much they have overcome the recent errors of this project to put together a proposal more in tune with the realities of a more complex context. It is partially concluded that a large part of the academy still reproduces the tendencies that perpetuate and justify the regime that governs this country.

*Keywords:* Populism, republicanism, rebellion, infrapolitics.

RÉSUMÉ

LE SCORPION ET LE DARD : LES SURVIVANTS DU LATINO-AMÉRICANISME RADICAL

Dans cet article l'on analyse comment une partie de l'académie latino-américaine emploie le langage théorique pour exprimer ses propositions par rapport aux dilemmes politiques vécus au Venezuela (2017-2020). À cette fin, les opinions de divers auteurs ont été évaluées afin de déterminer dans quelle mesure ils reproduisent dans leurs discours les hypothèses des secteurs qui endossent les courants autocratiques du chavisme, ou dans quelle mesure ils ont dépassé les erreurs récentes de ce projet pour assembler une proposition plus conforme aux réalités d'un contexte plus complexe. Il est partiellement conclu qu'une grande partie de l'académie reproduit encore les tendances qui perpétuent et justifient le régime qui gouverne ce pays.

*Mots-clés*: populisme, républicanisme, rébellion, infra politique.

RESUMO

O ESCORPIÃO E O FERRÃO: SOBREVIVÊNCIAS DO LATINO-AMERICANISMO RADICAL

O artigo seguinte analisa como uma parte da academia latino-americana faz uso da linguagem teórica para expressar as suas propostas em relação aos dilemas políticos vividos na Venezuela (2017-2020). Para o efeito, as opiniões de vários autores foram avaliadas a fim de determinar o quanto reproduzem no seu discurso os pressupostos dos sectores que apoiam as correntes autocráticas do chavismo, ou o quanto superaram os erros recentes deste projecto para elaborar uma proposta mais consentânea com as realidades de um contexto mais complexo. Conclui-se parcialmente que uma grande parte da academia ainda reproduz as tendências que perpetuam e justificam o regime que governa este país.

*Palavras-chave*: populismo, republicanismo, rebelião, infrapolítica.

Pero, justo en medio del río, sintió un dolor terrible  
y se dio cuenta de que, después de todo, el escorpión lo había picado

—*El escorpión y la rana* (Esopo ?) *Sr. Arkadin*, Orson Welles

## 1. DESBALANCE

Los desbalances también sirven como signos para entender situaciones políticas. En los últimos años hubo, a mi modo de ver, dos reveladores en el campo de las humanidades y la cultura intelectual del continente. Veamos el primero: en el 2017 Nicolás Maduro decidió avanzar en su proceso constituyente y, ante eso, los sectores latinoamericanistas de la academia crítica respondieron con un mero gesto de distancia, o silencio, a diferencia de lo que sucedió en el 2019 con las elecciones donde se iba a reelegir Evo Morales, pues ahí vimos cómo se objetó con mucha efusividad, energía y dramatismo la situación que vino después.

El segundo ejemplo no fue menos dicente. Cuando Juan Guaidó organizó lo que varios consideraron, no sin razón, como un *show* en la frontera con los presidentes latinoamericanos, muchos salieron a criticarlo con gran determinación, mientras pocos comentaron los actos de complicidad que mostraron tiempo después líderes como Luiz Ignacio Lula da Silva, Gustavo Petro, José Luis Rodríguez Zapatero frente a la movida del régimen de querer controlar la asamblea al conformar un grupo opositor a su medida. Poco tiempo después varios colegas intelectuales más imparciales terminaron acosados por la ambivalencia y las pulsiones sectarias para dividir el continente en una lucha agonal: por un lado, sostenían la necesidad de salir de la dicotomía derecha izquierda, pero a la vez hablaban de nuevas derechas, las únicas malas, contra progresismos que, aunque con problemas, siempre eran buenos. Y a Venezuela, si no era parte de uno de los bandos, por supuesto, otra vez, se le colocaba en una zona al margen, de indistinción, ilegible, como un resto anómalo, difícil de situar o integrar.

Era inevitable no pensar en Polonia con nostalgia y en cómo la izquierda moderna europea apoyó a Solidaridad, sin tener por ello que adscribirse a las políticas de Ronald Reagan. Las mejores excusas para evitar eso han sido, por supuesto, la geopolítica y los fantasmas de la Guerra Fría que operaron incluso en

aquellos que se declaraban inmunes a sus dominios, por no hablar de los errores de los opositores que jugaron con esa criatura espectral durante un tiempo<sup>1</sup>.

Con Donald Trump las pugnas entre derecha e izquierda sirvieron de cuartada para seguir negando la situación venezolana. Por un lado, las líneas tradicionales afianzaron la convicción dogmática de que Maduro era y es un demócrata, así como algunas tendencias de-coloniales —como las del filósofo, historiador y teólogo argentino Enrique Dussel o del sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel—, de cierto postsubalternismo radical —como la de John Beverley— y comunitarismo identitario, terminaron moviéndose o bien hacia la propaganda abierta, o bien hacia el silencio cómplice, después de haber apoyado al proyecto chavista. A ello se suman también los seguidores del filósofo argentino Ernesto Laclau, muchos de los cuales siguen adscritos al modelo nacional-popular como los exintegrantes de Carta Abierta<sup>2</sup>, sin obviar algunas instituciones latinoamericanistas que hacen caso omiso a la situación de violaciones de los derechos humanos, tales como las directivas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) e incluso la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), pese a la posición crítica de la sección Venezuela y de algunos sectores de Cuba de esta última organización. Por otro lado, destacados líderes de los derechos humanos y creadores en sus países, como Horacio González, Adolfo Pérez Esquivel o Raúl Zurita, minimizaron con frialdad el informe de Bachelet o la crisis general que se vive en Venezuela, desde la lógica de la crítica al imperialismo<sup>3</sup>.

De igual modo, y desde otro horizonte más renovado de la teorización política, Karmy hablaba de la tragedia venezolana como una construcción fantasmal de la derecha, y así reducía la situación a los usos tácticos de los

---

<sup>1</sup> Es verdad que, durante el 2019, los mensajes opositores no fueron muy claros y el sector de Leopoldo López marcó una agenda confusa; aunque es bueno decir que, en el 2020, la oposición tomó conciencia de la importancia de mantener una política de neutralidad cuando Juan Guaidó fue a Europa y estableció relaciones con el gobierno español y, al final, accedió a los gestos de negociación, al contrario del régimen. También es bueno decir que siempre hubo varias oposiciones, hecho que generó tensiones dentro de la coalición, a las que no se les notificaron muchas de las acciones del presidente del parlamento.

<sup>2</sup> Grupo constituido en argentina en 2008 en apoyo al gobierno de Cristina Kirchner y disuelto en 2019.

<sup>3</sup> Para entender estas posiciones cf. López (2020), y para conocer las consecuencias del Informe Bachelet desde una perspectiva amplia cf. Ávila (2019).

movimientos conservadores e imperiales para socavar los intentos de rearmar alternativas socialistas en otras partes de América Latina<sup>4</sup>.

Todo ello me llevó a preguntarme si no habría algo todavía irresuelto en relación con la manera como parte del campo intelectual latinoamericano expresa mediante el lenguaje teórico el supuesto “fracaso” de las experiencias neo-populistas, esa especie de núcleo duro o dogmático que no quiere reconocer sus fallas e incoherencias, sus mismos abismos. Este hecho me llevó a revisar algunas prácticas actuales de la teorización académica en el continente para determinar qué tanto reproducen o no los presupuestos de los sectores que avalaron las corrientes autocráticas del chavismo, a pesar de arrojar diagnósticos en apariencia más abiertos, o qué tanto han superado los errores recientes para armar una propuesta más consona con las realidades que vivimos en un mundo más complejo. De este modo, decidí hacer un repaso para tratar de detectar si hay o no evidencias que bien puedan explicar los desbalances anteriores.

## 2. DIÁLOGO: SIMULACIÓN CRÍTICA

Empecemos con la escena de un diálogo crítico entre Santiago Castro-Gómez y Luciana Cadahia del año 2017, titulado “El efecto Venezuela y la izquierda latinoamericana”<sup>5</sup>. Por fortuna ambos entrevistados evitaron acudir al falso perdón o a la demagógica autocrítica revolucionaria, por el contrario se dedicaron a la reflexión. Con todo, sus intervenciones dan cuenta de algunos gestos interesantes por lo problemáticos. El primero, fue la ausencia de algún colega venezolano, algo característico dentro de las discusiones de izquierda académica latinoamericana: si no muestras afiliaciones al populismo radical, entonces no entras en el grupo y, por ende, otros se arrogan el derecho de hablar por ti y de tu país. El segundo, fue la totalización de América Latina como un espacio homogéneo desde donde hablar, pero a la vez, y tal como hemos visto en estos años, era algo que no se podía hacer si pertenecías a una corriente política diferente<sup>6</sup>. De hecho, el siguiente gesto llamativo de

<sup>4</sup> Es cierto que eso sucedió con la derecha chilena, pero la omisión de la misma tragedia venezolana que ya era más que evidente en esos años y de las complicidades que todavía a estas alturas siguen teniendo muchos grupos de poder económico, arrojan signos de alarma y preocupación.

<sup>5</sup> REC Latinoamericana (2017).

<sup>6</sup> Recuerdo en las redes sociales cómo muchos de ellos se molestaban cuando grupos opositores venezolanos hacían lo mismo tiempo después.

esta intervención fue precisamente la manera de analizar a Venezuela, mi país, con una certeza absoluta, sin historiar el contexto venezolano, ver sus especificidades, sus tradiciones políticas, sus realidades sociales y culturales más allá del proyecto político de la “marea rosa”. Por último, lo que considero más destemplado de este intercambio, fue su cálculo estratégico, tan frío y desalmado como el peor de los gestos de racionalidad neoliberal; como indica el mismo título del diálogo: lo que interesaba era el “efecto” que generaba sobre las izquierdas lo que sucedía en Venezuela, más que los dilemas que se suscitaban ahí. Nada se habló de las razones de la escasez, de la desigualdad, del maltrato a las instituciones públicas (educativas y de salud), de las represiones<sup>7</sup>. Solo se buscaba establecer los parámetros desde los cuales debía interpretarse lo que acontecía en el país, estableciendo lo que debía ser válido y lo que no. De ese modo no tenía cabida denunciar las muertes en Venezuela, pues en otros países también ocurrían sucesos similares, por mencionar un ejemplo. De igual forma, debía criticarse a Maduro, pero salvar al régimen chavista, su *arkebé* bolivariano fundacional. Dicho de otro modo, tanto Castro como Cadahia enmarcaron todo dentro de la necesidad de salvar el relato latinoamericano populista, cuyo horizonte, por lo visto, era más importante que cualquier crueldad circunstancial que se llevaba a cabo en ese instante, ya que era parte de simples contradicciones que se podían subsanar o enmendar en el camino.

El encuentro mostró entonces la escenificación de una crítica, la simulación de un reconocimiento, la ficción de una apertura, bajo una especial economía argumentativa reticente a la explicación cuidadosa donde lo que pareció abrirse para reconocer la situación venezolana, terminó más bien cerrándose. Ello me dejó al final un sabor amargo; después de todo, si el régimen o dictadura de Maduro era ya una experiencia fallida, un desvío de la fuente inicial chavista, ¿por qué había que administrar tanto su daño y evitar sus heridas? Si fue muy distinto a lo que sucedió en Argentina, Brasil o Uruguay, tal como sostenemos y creemos, ¿por qué se evitó afrontar y confrontar los dilemas que entraña? Esto no solo muestra las dificultades del latinoamericanismo crítico para tomar posición frente a una realidad concreta del continente, sino para aceptar los dilemas que ampararon y amparan las violencias que ahí suceden. Me temo, como puede deducirse hasta ahora, que no son muy esperanzadoras estas posturas. Noto un hiato muy fuerte entre lo

---

<sup>7</sup> Sobre la represión que se ha dado en Venezuela cf. Ávila (2020) y Ávila y Galavís (2018).

que señalan y lo que analizan estos autores, un corte que oscila entre la afirmación conveniente y la negación subrepticia, entre la hipocresía estratégica y el cinismo impulsivo<sup>8</sup>. Los intelectuales latinoamericanistas conocen muy bien las limitaciones de las tradiciones vinculadas a la “marea rosa”, por no decir de la terrible situación que se padece en el país, pero en la práctica —es decir, cuando empiezan a interpretar la realidad del continente o tomar posición— siguen muchos de sus presupuestos, perpetuando la situación nacional que supuestamente pretenden criticar desde su fantasía soberanista y antiimperial.

Bien podríamos resumir algunos de estos problemas interpretativos en cinco puntos que comentaré de forma breve. Primero, la inscripción de una América Latina como unidad, a pesar de sostener lo contrario en algunas intervenciones. Luego, la violencia de imponer, siguiendo la lógica de la sinécdoque (la parte por el todo), un lugar de enunciación y una experiencia política e intelectual particular, una “hybris del punto-cero” latinoamericano (Castro-Gómez, 2005), donde se construyen centros y periferias.

De igual modo encontramos las tentaciones sectarias en distribuciones argumentales binarias, dicotómicas, sin obviar la lógica del chantaje reflexivo que obliga a tener que reprimir ciertas contradicciones que suceden en el país para no darle argumentos al enemigo de la derecha o del imperio, por no hablar de la supuesta necesidad de redimir algunos conceptos, cuando ni siquiera ha habido tiempo para redimir la memoria de las víctimas de la represión en Venezuela. También presenciamos cómo reaparece el archivo identitario de tinte neo-populista de distintos modos, a pesar de que pretendan superarlo u obviarlo, negando a su vez el *hábitus* histórico de cierta tradición autocrática, cesarista, que aparece de vez en cuando en la historia del continente en momentos de crisis institucional y política. A la vez uno siente resurgir con nuevos bríos los cantos de sirenas de las prácticas exterioristas de la política

---

<sup>8</sup> Siguiendo la noción de Žižek (2003) sobre ideología, estas ficciones teóricas sobre América Latina son “cínicas”; están conscientes de la crítica y los defectos de estas alternativas, pero aún así las siguen. Para el filósofo esloveno lo ideológico está inserto dentro de las prácticas que configuran la fantasía social. Lo que entendemos como “realidad” no es sino un producto ilusorio, y aquellos que supuestamente marcan una distancia frente a ella son quienes de manera más efectiva terminan siguiendo y propagando el sistema de creencias que critican: lo saben, pero no lo hacen, señala Žižek, invirtiendo la famosa sentencia de Marx *sie wissen das nicht, aber sie tun es*. “La distancia cínica es solo un camino —uno de muchos— para cegarnos ante el poder estructurante de la fantasía ideológica” (p. 61), explica.

donde hay un afuera incontaminado que democratiza un adentro jerárquico, compartiendo el odio por los partidos y por las instituciones parlamentarias que tanto usó, en su momento, el fascismo para llegar al poder y que fue clave para la crisis en Venezuela<sup>9</sup>. Por último, percibimos cierto desdén por trabajar la historicidad de los acontecimientos sucedidos realmente, pese a sostener una y otra vez lo contrario, sin obviar una mirada simplista, desdeñosa, sobre ciertos principios del liberalismo y de la democracia representativa.

Hay, en suma, una especie de *forclusión* en el que se delimita y circunscribe lo venezolano como una materia peligrosa, difícil de asir e interpretar, que hay que controlar para evitar sus desbordes, sus usos inapropiables. Se da en un doble movimiento: al mismo tiempo que se reconoce que la dictadura ya no es democrática, se evita analizarla, entenderla, aceptarla. Si bien se rehúye como modelo o alternativa, se dejan de lado sus dilemas con las típicas excusas de siempre: los errores opositores, las agendas de la derecha, los problemas de la especificidad histórica (siempre por cierto enunciados, pero nunca analizados), y por supuesto el posible daño de generalizar, de totalizar<sup>10</sup>. Paralelamente, se busca salvar lo neo-populista (de izquierda) para legitimarlo, compadecerlo, rescatarlo, o incluso maquillararlo con otras tendencias o lenguajes, cayendo en el otro polo de la crítica liberal y conservadora tecnocrática: es decir, en vez de estigmatizarlo, se le dignifica; en vez de minimizarlo, se le potencia, y así se le inmuniza de sus violencias. Al final, y por motivos estratégicos, la dimensión histórica de la Venezuela reciente se convierte en una sustancia extraña, difícil, impura, repugnante, una especie de *Cosa* traumática lacaniana que se le quiere sacar de juego, volverla excepcional, diferente, para neutralizarla, con lo cual rehúyen ver sus tejidos de complicidades con poderes económicos que siguen

<sup>9</sup> En ese sentido, siguiendo a Rancière (1996), pareciera evitarse la dimensión de la “policía”, y así se queda solo en la igualdad vacía (o también simétrica, podríamos decir, del igualitarismo) donde al final no hay política.

<sup>10</sup> Un texto reciente de Russo (2021) es un claro ejemplo de estas dinámicas de negación. En él argumenta cómo el Grupo de Lima surgió con problemas de antemano por su clara postura de derecha y vinculado a Trump. A pesar de que no dice nada de los fracasos contundentes que tuvo UNASUR y otras instancias regionales para lograr acuerdos en los diversos procesos negociadores que hubo antes del 2019, por no decir de su incapacidad para generar mecanismos viables para frenar el proceso de autocratización en Venezuela. Lo curioso es que, para excusar la salida de Fernández del mismo, se valga de un argumento ideológico que esgrimió Trump (pero desde otra posición) para salir de otros organismos internacionales.



vivos, con presupuestos sobre valores autocráticos comunes, muchos de los cuales se encuentran relacionados a intereses geopolíticos.

### 3. RECORRIDO TEÓRICO

Si contrastamos la entrevista de Cadahia y Castro-Gómez con el recorrido teórico de algunas de sus obras, podemos encontrar algunos rasgos que perpetúan estos presupuestos y errores. Ambos se inscriben en una especie de giro republicano de ciertas izquierdas de las últimas décadas, que buscan revivir el populismo después de la crisis reciente y tienden a relegar el caso venezolano, bien sea evitando analizarlo del todo, o bien sea comentando algunos elementos puntuales, pero con grandes equívocos. Trabajos como el de Coronel y Cadahia (2018) y algunas intervenciones de Cadahia en medios y conferencias, dan muestra de un interés creciente por el tema<sup>11</sup>. Esta autora habla de dos tendencias (una oligárquica y otra plebeya), y nos explica, por ejemplo, que la primera estaría encarnada por Donald Trump y la otra por las apuestas del latino-americanismo. Con ello quiere rescatar con cierta obsesión la necesidad de institucionalizar el neo-populismo de izquierda como una práctica relevante dentro del continente. Al leer con cuidado sus propuestas, es inevitable toparse con graves problemas. Para cualquiera que haya vivido la experiencia venezolana, es cuestionable la manera como intenta fundir una idea de populismo —con resonancias en Laclau— con un ideario republicano, tratando de volver a una tradición comunitarista de vínculos nostálgicos con el imaginario de la antigüedad espartana. Por otro lado, está el uso de lo “plebeyo” que delimita la asignación inicial y abre dos interrogantes. Primera: ¿cómo puede escindirse un ideario y promesa de lo común, que es republicano, si su base es buscar reunir y no dividir? Segunda: ¿cómo puede haber “polis” y deseo de igualdad si se parte de una diferencia entre lo plebeyo y lo que no lo es? Luego descubro otros problemas, como la visión populista muy marcada por la experiencia argentina o ecuatoriana, donde todavía lo institucional sigue concebido desde una especie de negociación entre el líder y el pueblo, sin tomar en cuenta las dinámicas de la sociedad civil que penetran de distintos modos sobre el tejido estatal.

---

<sup>11</sup> (Cf. Cadahia (s.f.; 2018; 2019); Fundación Chile Movilizado (2020); Cadahia, Coronel, Guanche y Stoessel (2019); y Coronel y Cadahia (2018).

La historia nos ha dicho que aceptar ciertas demandas sociales no es exclusivo de los gobiernos populistas; además me parece que no hay que dejar de lado en esta negociación otras formas de institucionalidad mal llamadas liberales, verbigracia la independencia de poderes, la lógica del *check and balance* o de lo que Rosanvallon (2014) llama “contra-democracia”, y la crítica por parte de otros sectores, así como las opiniones de expertos, que ayudan a tomar decisiones asertivas y convenientes para todos. En este sentido, podemos sostener también lo que dicen Chaguaceda y Camero (2021) quienes entrevén que en esa propuesta de pueblo pareciera negarse “la heterogeneidad constitutiva de lo popular realmente existente”, desconociendo la experiencia histórica “de nuevas oligarquías de corte revolucionario o progresista” (p. 17), sobre todo en el caso venezolano, pues el modelo da la sensación de privilegiar en el fondo algunos casos puntuales en América Latina, borrando sus crisis de corrupción, su construcción de una hegemonía de un solo líder o de un solo partido, su desdén por la autonomía institucional, su interés por la reelección indefinida y la polarización, su construcción identitaria y emocional de un elector militante y sus vínculos con el extractivismo. De tener mayor conocimiento de Venezuela, sabrían, además, que durante los gobiernos de Rómulo Betancourt y Rafael Caldera existió un vínculo con lo popular que no negaba las instituciones liberales y la pluralidad partidista<sup>12</sup>.

Por otro lado, en Cadahia los gestos excluyentes de demarcación son recurrentes en muchas de sus reflexiones, por más que en otros trabajos rescate la necesidad de la crítica. Establece así una topología de un afuera y de un adentro en lo que es válido sobre lo que es inválido, de los que es propio, auténtico (latinoamericano) sobre lo que no lo es, que nos recuerda cierta mirada inquisidora, sectaria: además de erigir una dicotomía muy fuerte entre republicanismo oligárquico frente al plebeyo, está la tendencia de privilegiar con fuerza el conflicto sobre la negociación, por más que sea maquillado desde una dialéctica negativa, repudiar todo lo que suene a liberalismo, que es solo formal, negar el modelo de institucionalidad no solo norteamericano sino europeo,

---

<sup>12</sup> Es bueno señalar que el populismo existió antes de Chávez en Venezuela con figuras como Carlos Andrés Pérez, Jaime Lusinchi o Luis Herrera Campins, sin hablar de la fuerte tradición cultural del Estado nacional de corte popular que se inicia con el regionalismo de Acción Democrática con la famosa “Fiesta de la Tradición”, acto que tuvo lugar en el Nuevo Circo de Caracas el 17 de febrero de 1948 como parte de los actos políticos asociados a la toma de posesión de Rómulo Gallegos.

discriminar radicalmente entre la historiografía republicana del continente de corte liberal y anglosajón frente a los acercamientos auténticos de las ciencias políticas, y finalmente evitar introducir las reflexiones de lo que algunos llaman los teóricos “autonomistas”, pues no se adecúan a nuestra realidad.

La propuesta de Castro-Gómez (2019) pareciera ser más trabajada y comprometida por las implicaciones que tiene en su propia trayectoria intelectual. En un esfuerzo de autocritica frente a la tradición decolonial, abre un horizonte menos virginal frente a corrientes de pensamiento occidental, pues se permite valorar las propuestas de intelectuales europeos y posmodernos, tan denostadas por sus compañeros teóricos. Sin embargo, esta apertura, a mi modo de ver, no termina de cuajar, ya que al final le interesa revivir algunos presupuestos de la corriente que sigue; es decir, lo que abre con su crítica, lo termina cerrando con sus relecturas fieles a las líneas de su escuela. En todo caso, vale la pena considerar brevemente su cuestionamiento. En términos generales, destaca la manera simplista en la que el movimiento decolonial ha querido ver los procesos modernos, vinculados simplemente a lo europeo como un bloque monolítico, y dentro de esta mirada reductiva, observa dos tendencias. Una se desprende de la línea que profesa un principio *arquepolítico*, siguiendo a Rancière (1996), en donde se “desplaza la verdad de la política hacia el *ethos* de comunidades no asimiladas por la modernidad” (p. 182). La otra está centrada en la mirada *metapolítica*, donde lo político más bien se subsume dentro del privilegio que le da Marx a “la vida económica de las sociedades” (p. 182).

Ahora bien, ¿cómo terminan perpetuándose algunos elementos de aquello que viene criticando Castro-Gómez? Un primer indicio estaría fundado en el hecho de que, si bien su crítica es contundente, su intención al final no es sino repensar este mismo legado desde sus propias limitaciones<sup>13</sup>. Otro indicio, relacionado con lo anterior, es el uso que hace de la noción de *transmoderno* una categoría decolonial por excelencia, que a mi modo de ver no hace sino adjudicarle una simple etiqueta intelectual a un trabajo que siempre ha hecho la cultura y la historia de forma más compleja<sup>14</sup>. Por otro lado, vale destacar

<sup>13</sup> Me refiero a cómo reocupa la dicotomía colonialidad del poder versus no-colonialidad en prácticas moleculares, heterárquicas, que por lo visto siguen además la lógica de la terapia sublimizadora de la emancipación desde la “decolonialidad del ser”(Castro-Gómez, 2007).

<sup>14</sup> Lo *transmoderno*, como aquello que busca “*atravesar políticamente* la modernidad desde 'otros lugares de enunciación', precisamente desde aquellos que fueron excluidos por las instituciones políticas republicanas.” (Castro-Gómez, s.f., párr. 8), quiere arrogarse el derecho de decidir sobre

otros elementos más problemáticos en su giro crítico. Primero que nada, como sus colegas decoloniales, Castro-Gómez es bueno omitiendo otras tradiciones latinoamericanas que han ido analizando con más detenimiento las prácticas republicanas dentro del continente, como José Antonio Aguilar, Rafael Rojas, Luis Castro Leiva, Hilda Sabato, Elías José Palti, entre muchos otros. Por esta razón termina incurriendo, paradójicamente, en otro serio problema, a saber: el de trabajar sus reflexiones desde el ámbito de la teoría europea (i.e. John Greville, Agard Pocock y Quentin Skinner) sin diálogo con las experiencias republicanas latinoamericanas, como si el continente fuese completamente (neo)liberal y no tuviese historia, sin los balances de esta tradición en América Latina. Además de estas negaciones, podemos mencionar de pasada algunos otros problemas, como, por ejemplo, su uso de Rousseau en tanto fuente de un ideario republicano plebeyo sin dar cuenta de las críticas que se han cernido sobre su vínculo con el republicanismo antiguo y su moralismo<sup>15</sup> sacrificial; de hecho rescata su dimensión moral con excesivo entusiasmo. También su análisis de la modernidad solo se centra en las categorizaciones de la racionalidad foucaultiana sin analizar sus mezclas con los distintos lenguajes políticos que han invadido Occidente y América Latina, cosa que le daría una dimensión más plural; igualmente sigue atado a una dinámica muy binaria entre lo que entiende como regulación y emancipación, sin puntos de fuga, fusiones o desactivaciones.

Si bien concuerdo —hasta cierto punto— con su diagnóstico de una crisis de la hegemonía neoliberal en el plano del sentido común, cosa que ha pronunciado el auge actual de los populismos, me parece que de nuevo reintroduce categorizaciones muy gruesas y polarizadas, asumiendo que el mundo está solo amenazado por el neoliberalismo y el neofascismo<sup>16</sup>. Para Castro-Gómez la única fórmula válida para luchar contra la derecha populista es apostar al republicanismo plebeyo, sin considerar otras formas de lenguajes

---

la historia, sobre lo que ella siempre hace que es la apropiación cultural, la *hibridés*, como si los *iluminatis* decoloniales fuesen los únicos que pueden verlo, mostrarlo y trabajarlo.

<sup>15</sup> Cf. Derrida (1997); Castro Leiva (2009) y Starobinski (1989), entre otros.

<sup>16</sup> Ciertamente habría que preguntarse si el auge de los neofascismos no reintroducen algunos elementos del discurso neoliberal. Por otro lado, es curioso cómo hubo claros elementos del culto a la guerra, a lo militar, en el chavismo desde sus inicios, que estos teóricos no vieron, por no hablar de cómo destruyó el estado de bienestar, las instituciones públicas, mucho peor que cualquier régimen de austeridad neoliberal, al punto de que ahora está privatizando muchas empresas. Y todo se realizó mientras era aplaudido por sectores decoloniales y otros.

republicanos que se han dado en América Latina, tal como el humanista cívico, el comunitarista, el mercantil y otras tendencias más actualizadas en las que, incluso, ha habido elementos populares<sup>17</sup>.

Otro elemento que nos recuerda a los decoloniales reside en el hecho de introducir los criterios antropológicos bajo categorías que paradójicamente comulgan con el multiculturalismo norteamericano (como lo “afro” o cierta idea de lo indígena muy esencialistas). De igual modo lo hace al valorar el lugar “otro” decolonial al normativizar la defensa de los derechos humanos, pensándolos inscritos solo en la racionalidad eurocéntrica, cuando lo que se mantiene vivo en esta tendencia es la disputa misma en cada contexto del “derecho a tener derechos”, para usar una frase conocida (Arendt, 1998, p. 247). Todo esto lo lleva a tomar partido por lo mismo que piden sus compañeros, que es el populismo, ahora con el nombre de republicanismo plebeyo y popular, tal como vimos en Cadahia<sup>18</sup>. Lo evidencian los ejemplos que usa en su teoría: Rousseau, como pensador paradigmático, o los gobiernos de Ecuador y Bolivia como experiencias históricas modélicas recientes<sup>19</sup>.

De cualquier modo, tanto Cadahia como Castro-Gómez han ido repensando el republicanismo, pero omitiendo las discusiones que se han dado sobre él en Latinoamérica y sobre todo en Venezuela. Modelan algunos lenguajes teóricos para volver a comprender el continente —lo que se agradece—, pero con los peligros que vengo advirtiendo. Las antinomias los atrapan en una falsa dicotomía entre republicanismo normativo, de carácter formal y conservador, frente a un republicanismo instituyente, plebeyo y verdaderamente popular. Además de valerse de términos muy gruesos o generales, lo social solo se traduce para ellos en el populismo (desde el punto de vista de Laclau), como la única naturaleza que adquieren las demandas legítimas.

---

<sup>17</sup> Para ver las diferentes modalidades de lenguajes republicanos en Venezuela a mediados del siglo XIX, cf. Leal Curiel (2019) y Castro Leiva (2009).

<sup>18</sup> Es bueno hacer notar que, como dije antes, los decoloniales están muy vinculados con los procesos de la “marea rosa”. Recientemente se abrió una Escuela de Pensamiento Crítico Decolonial en Venezuela, y el mismo Enrique Dussel se ha retratado con militares acusados de violar derechos humanos.

<sup>19</sup> Quienes hayan leído el cuidadoso trabajo de Sánchez (2016) constatarán que la propuesta de Castro-Gómez no es nada novedosa en Latinoamérica. En la práctica este republicanismo ha sido muy dominante en América Latina, sobre todo en Venezuela, y ha creado las condiciones para los populismos subsecuentes, al menos en el caso venezolano.

Hay cierta obsesión de redimir lo populista laclauiano al precio que sea, tratando de rescatar al pensador argentino. De tal forma que, para ellos, la idea ontológica de la política de este teórico no es totalizante, porque se erige en un marco posfundacional, cuando sabemos que en la práctica más bien anima a justificar el decicionismo para llenar ese vacío metafísico con construcciones del enemigo cada vez más desesperadas y acechantes. Eso con el propósito de instaurar hegemonías altamente sectarias. De igual modo sucede, por ejemplo, con la idea de la articulación de las equivalencias, que en el fondo debe ser dialéctica y heterogénea, pues refiere que la configuración del pueblo es inacabada; pero, si vemos bien, precisamente por esa razón es que va a necesitar siempre de un antagonista, ya que de lo contrario el liderazgo se perdería, inmerso en la imposibilidad de atender todas las demandas diferentes de la comunidad. Recordemos cómo sectores feministas, evangelistas, militaristas y académicos validaron por igual muchos desmanes de Chávez con cierto cinismo; muchos de ellos decían que no había que prestarle atención a lo que decía, otros sostenían que, pese a sus errores, era lo único auténtico que tenían para lograr un cambio. La lucha contra la derecha y el imperio era lo que unificaba a todos por igual, suspendiendo la satisfacción de sus demandas concretas por el bien de la lucha agónica contra el Otro.

Lo relevante es señalar que dentro de estas propuestas se pasa por alto algunos puntos claves de la tradición republicana moderna, como la que proponía el mismo Maquiavelo (2020) para evitar la concentración de poder con los gobiernos mixtos, o la veta liberal que había en el republicanismo clásico de Montesquieu<sup>20</sup> que evidenciaba la necesidad de representación política plural, por tratarse de Estados grandes, en la división de poderes, idea que tomó de la experiencia parlamentaria que vio en Inglaterra<sup>21</sup>. A fin de cuentas, el reciclaje radical del republicanismo alter-mundista o del plebeyo guarda todavía claros elementos que perpetúan los problemas irresueltos de las experiencias históricas recientes.

Casualmente otro grupo que ha venido sosteniendo un lenguaje teórico crítico frente al chavismo y algunas derivaciones autocráticas, es el llamado

---

<sup>20</sup> Cf. Shklhar (1990) y Levy (2016).

<sup>21</sup> Es bueno destacar que al menos Castro-Gómez menciona, de pasada, que las instituciones públicas “deben estar organizadas sobre la base de pesos y contrapesos que aseguren el balance proporcional de todas las fuerzas” (2019, p. 176), pero no hay mayor desarrollo.

grupo poshegemónico, tendencia que tiene varias líneas dentro de las universidades de élite en Europa y Estados Unidos. En el estudio de Beasley-Murray (2010), vemos una crítica muy bien trabajada contra las nociones convencionales del populismo laclauiano, donde el afecto, el *habitus* y la multitud tienen especial relevancia. Sabemos que el término “hegemonía” de Antonio Gramsci fue muy usado por las corrientes neo-populistas para promover una transformación democratizadora, un supuesto nuevo consenso del Estado, pero en la práctica no generó los efectos que se deseaban; en el caso venezolano vimos, por un lado, cómo reapareció el culto al líder, tan frecuente en los regímenes del siglo XIX, y la red de prácticas clientelares del pasado vinculadas al petróleo.

Por otro lado, el cambio cultural y comunicacional que se proponía cedió a la propaganda explícita del partido en el poder y a la cooptación de lo popular para fines electorales. Esta aproximación de Beasley-Murray evidencia estas limitaciones y termina siendo muy convincente a la hora de desarmar algunas ideas de la izquierda populista<sup>22</sup>; de hecho, es muy interesante su crítica a los estudios culturales en su relación con los populismos, con su manera genuflexa, condescendiente, de entender sus prácticas. Donde veo un serio problema es en su propuesta de la “multitud” y las consecuencias de su uso. La lógica de la argumentación que sostiene para valorarla, sobre todo cuando la aplica a Venezuela, pareciera a mi juicio llevarlo inexorablemente a reconocer, no sin dificultad, la necesidad del gran líder como el único que puede establecer un contrato con ella. Me explico: si no valen las instituciones representativas (tal como sostiene en el libro) en los momentos de irrupción de la protesta social, ¿entonces quién puede escucharlas mejor? Por descarte, sería quién puede dirigirlas, diríamos, porque al final tendrán que desembocar en algo; si fuese un partido, las conduciría al parlamento y a la representación, cosa que el autor descarta y niega, de modo que luce inevitable valorar el contrato con el gran padre dictador como algo implícito, como algo que no se quiere decir abiertamente.

---

<sup>22</sup> Al final la idea de hegemonía a partir de la cual muchos ideólogos quisieron justificar los regímenes de la “marea rosa” no explica lo suficiente para entender la complejidad de los procesos sociales y las formas de autoritarismo que conllevaba los usos de una idea de pueblo orgánica, homogénea.

Es cierto que resiente cómo el filósofo italiano Antonio Negri, padre de esta noción, se vale aún de cierta teleología leninista y cierta idea ingenua comunista, pero no deja de mostrar una gran idealización que enturbia su aplicabilidad. Primero que nada, al pensar que en ella puedan crearse las condiciones para nuevos hábitos que generen un cambio positivo en la sociedad; luego, al cifrar como inevitable el uso dicotómico entre el momento de su surgimiento y las prácticas de la democracia representativa y sus “falsos contratos sociales”; y, por último, al asumir con especial cinismo la posibilidad de que puede haber irrupciones peligrosas, sin dar cuenta de cómo evitarlas o canalizarlas. La causalidad es más que evidente, si se sigue el hilo de sus razonamientos, porque crea las condiciones excepcionales para la llegada del gran líder a poner orden. La fascinación acrítica al momento instituyente de la subversión de la protesta puede devenir en una nueva refundación del Estado, dado ahora por la multitud “latinoamericana” que podría ser conducida por una gran figura paternal, tal como ha sucedido en varios países<sup>23</sup>. Por otro lado, la reconstrucción histórica que hace el autor en su prefacio es visible por sus negaciones y simplismos. Construye una narrativa en la cual vincula, siguiendo el relato chavista, la crisis del 27 de febrero con el movimiento MBR200 para después dar cuenta de los problemas del 2001, el golpe de Estado y la reacción popular para restituir al presidente. La democracia pareciera ser solo una relación agónica y crítica entre el príncipe y los revoltosos, que se rebelan al no ser escuchados. Ahí no importa la cifra de muertos y pérdida que generan estos vacíos institucionales, y menos aún eso que los tecnócratas llaman “governabilidad” para mejorar la educación o la misma salud pública, aspectos desdeñados por el chavismo desde sus utópicos proyectos de “misiones”. Todo luce coherente en este relato, aunque en un punto importante omite, en efecto, el engañoso proceso constituyente chavista, que desde sus inicios enmarcaba un espíritu *tábulas raras*, lo que podría explicar claramente las reacciones posteriores que terminaron en el golpe de Carmona Estanga en el año 2002.

Como sabemos, al no tener una base institucional y representativa lo suficientemente plural y sólida, eran inevitable las crisis, los enfrentamientos

---

<sup>23</sup> No hay que dejar de señalar que ha existido un *habitus* muy recurrente de prácticas paternalistas y caudillistas en América Latina que, para mi sorpresa, se pasan por alto en este estudio. De paso, me pregunto cómo el autor valoraría las irrupciones de la multitud si fuesen capitalizadas por demandas propias de las nuevas derechas contra gobiernos de avanzada.



con los intereses de distintos sectores poderosos y la necesidad final de un príncipe para poner orden. Tampoco Beasley-Murray explica cómo el chavismo fue ganando cada vez más poder, haciendo inevitable su autoritarismo, gracias precisamente a la falta de garantías de los contrapesos de la institucionalidad, que muchas veces estuvieron en suspenso debido a las crisis de la “multitud”<sup>24</sup>. Por otro lado, hay indicios claros de una concepción romántica y estereotipada del continente, perpetuando ese archivo imaginario que va desde Simón Rodríguez, que tanto citó Chávez, pasando por Lezama Lima en el que se ve todo parecido a un lugar de oportunidades, de experimentaciones, que sabemos que en la práctica ha terminado muy mal. También establece una suerte de historicismo de la protesta que va desde el alzamiento de la tripulación de Colón hasta nuestros días con las protestas del 27 de febrero, que es muy cuestionable por las analogías que pretende establecer entre momentos históricos muy diferentes entre sí.

Dentro de estos nuevos radicalismos *light*, entraría lo que sería el “destituyentismo” o la revuelta, una práctica reflexiva común en estos tiempos que goza de gran espesor teórico y también de corrientes interesantes. Desde las apuestas de la sublevación de Didi-Huberman, pasando a la teoría del italiano Furio Jesi o Éric Hazan, se ha vuelto a pensar la tesis de Benjamin (2007) sobre la “violencia divina” y algunas ideas de su “Tesis sobre la filosofía de la historia” (1955)[1940]. Al leer el trabajo de Karmy (2019a), uno de sus representantes más recientes, resulta interesante examinar cómo lo trabaja dentro del contexto chileno, asediado por las prácticas neoliberales y ciertos fantasmas muy vivos del pinochetismo<sup>25</sup>. Lo alarmante de esta tendencia es que no muestra gran interés en discriminar con seriedad entre una dictadura, una democracia deficiente o autoritaria, por no hablar de una falta absoluta para reconocer la historicidad de las condiciones de emergencia de cada acontecimiento<sup>26</sup>. Pareciera que lo relevante aquí es la lucha contra el neoliberalismo o

<sup>24</sup> Dentro de esta crisis era de preverse las actuaciones desdeñables de algunos sectores opositores también, seducidos y atrapados por la retórica confrontacional del chavismo, producto precisamente de su desdén por los mecanismos institucionales.

<sup>25</sup> Me baso en textos de Karmy (2012-2012; 2018; 2019a y 2019b).

<sup>26</sup> Tal como vemos en algunos trabajos publicados en otros medios, podemos deducir que la propuesta de Karmy está muy influenciada por la revuelta de la llamada Primavera Árabe. Es verdad que el acontecimiento de las revueltas tiene que leerse desde la propia suspensión del tiempo que propone, pero creo que es relevante no obviar el contexto árabe en cada uno de sus países y desde lo que vino después en ellos. En ese sentido, véase Maget (2020), aun-

el capitalismo, borrando la especificidad de sus contextos, prácticas culturales y marcos institucionales, con lo cual se niega los elementos autoritarios propios de las culturas nacionales o locales, de sus arraigos patriarcales. Otro aporte desconcertante es la pretensión de reificación del martirio como una forma de violencia legítima, frente al sacrificio soberanista, más vinculado al derecho mítico benjaminiano, algo que puede ser problemático en el contexto latinoamericano, considerando cómo la tradición revolucionaria y soberanista radical entrecruza lo heroico con lo martiriológico tanto en su iconografía como en su imaginario: pienso la saturación de imágenes de Chávez junto con Cristo y Bolívar, aunque con el Che Guevara y los guerrilleros de Sierra Maestra hubo también más de un caso.

Sabemos que la noción de “violencia divina” y sus usos posteriores en el mismo Furio Jesi, siguen siendo motivo de cuestionamiento. Creo que es bueno recordar la lectura que hace Derrida (1997) del texto de Benjamin, a pesar de que se hayan evidenciado algunos equívocos y desvíos en su interpretación<sup>27</sup>. Lo que me parece importante, incluso necesario, es tomar en cuenta las aporías y ambivalencias que introduce para deconstruir las diferencias entre “violencia mítica” y “violencia divina”, mostrando cómo en cierta medida son indecidibles, de modo que se hace difícil distinguir las en la práctica<sup>28</sup>. Por otro lado, si uno lee algunos textos de Karmy sobre Chile notará que, por mucho que hable de suspensión del tiempo y su carácter de acontecimiento en sí, hay una direccionalidad en la revuelta, una necesidad de llevarla hacia un proceso constituyente. Así pareciera que la insurrección popular terminase introduciéndose dentro de la propuesta de una nueva soberanía. Es decir, que su carácter destituyente podría estar a la vez muy cercano a lo constituyente, fundando un nuevo derecho, e incluso (¿por qué no?) entrando en el mito soberanista, tal como prevenía con razón Derrida<sup>29</sup>. Hasta ahora no ha sido la deriva en Chile, pero bien hubiese sido un escenario posible. Si bien en Karmy

---

que en su caso todavía enmarca la valoración crítica desde una perspectiva revolucionaria.

<sup>27</sup> A pesar de que Avelar (2008) muestra lo que expongo, tiende a inmunizar la violencia divina de Benjamin por tener carácter utópico y revolucionario.

<sup>28</sup> Derrida (1997) en un momento expresa, a partir de su análisis, que “en su origen y en su fin, en su fundación y en su conservación, el derecho es inseparable de la violencia, inmediata o mediata, presente o representada” (p. 119).

<sup>29</sup> Karmy (2019a) hace referencia a un horizonte último de la sublevación, que sería en efecto “la apertura de una Asamblea Constituyente” (p. 29).

lo latinoamericano se desdibuja en la enunciación abierta, reaparece en algunos gestos donde pareciera generalizar bajo la lógica de la sinécdoque el lugar chileno sobre el lugar latinoamericano y ahí, tal como hemos visto en un texto citado antes, lo venezolano es pura materia fantasmal, desechable.

No creo que esté de más recordar muchas de las reservas esgrimidas por distintos autores sobre la propuesta benjaminiana, entre quienes se cuentan, además de Derrida, Jurgen Habermas, Martin Jay o Alex Honneth, entre otros. Por más que quisiéramos delimitar a unos casos específicos exitosos y verlo como un acontecimiento que suspende cualquier criterio de lectura más allá de su simple irrupción inmanente, es bueno volver a las consideraciones que hiciera el crítico norteamericano Bersnstein (2013). Si por un lado nos advierte sobre el simplismo de “ignorar todas las funciones positivas del derecho”, por otro nos señala lo “inapropiado, y potencialmente desastroso” que sería destruir el Estado y sustituirlo “por aquellos que vendrán tras la revolución”. Además, se hace una pregunta perfectamente pertinente: “¿cómo es posible actuar responsablemente en una situación a menos que tomemos nota de las consecuencias potencialmente catastróficas de lo que estamos haciendo” (pp. 126-128). Por ende, lo mejor es examinar las condiciones de emergencia de estas irrupciones, pues no es lo mismo lo que viene sucediendo en Cuba con el movimiento de San Isidro, que lo ocurrido en Ecuador o Guatemala<sup>30</sup>. Al final, lo peligroso aquí es proyectar una situación particular de un contexto específico hacia toda Latinoamérica<sup>31</sup>. Por otro lado, estas tendencias pretenden superar, destituir o suspender el *arkhé*, pero si observamos bien, hay condiciones discursivas (un *a priori* histórico) que permiten su aparición y luego interpretación, fundando un archivo nuevo o replanteando unos viejos. Muchas protestas surgen de órdenes discursivos previos que vienen resistiéndose a los dominantes, dándole sentido

---

<sup>30</sup> No hay que olvidar que en muchas rebeliones hubo situaciones de violencias, muchas de la cuales para mi sorpresa fueron celebradas por algunos dirigentes e intelectuales. Todo lo contrario de lo que sucedió en Cuba donde los dirigentes más visibles trataron de evitar que se les fueran de las manos las marchas, conociendo lo factible que era la criminalización (algo común en regímenes altamente despóticos).

<sup>31</sup> Si bien Karmy (2019a) evita hablar sobre lo latinoamericano, en las pocas veces que alude a ello se ve claramente esa proyección; al comentar del caso Wallmapu, que ve como un laboratorio de lo que está ocurriendo en la revuelta de Chile, señala que “en América Latina” tanto la lucha proletaria como la lucha mapuche “no son más que la misma ‘indiada’” (p. 32).

a la incomodidad, y aparecen con fuerza en estas situaciones<sup>32</sup>. Esta irrupción de discursividades alternas puede ser exitosa o fallida en muchos casos, dependiendo de la situación; y hasta puede servir incluso para reactualizar el relato oficial, tal como sucedió en las protestas de Venezuela o Nicaragua.

El “populismo marrano” de Moreiras (2016; 2018) es quizás la más llamativa y loable de todas estas tendencias del latinoamericanismo crítico, si revisamos con cuidado. Está relacionado con su interesante teoría de lo que denomina “infrapolítica” que cobra más valor en estos días. Con todo, tengo algunas reservas que explicaré a continuación, aunque vale señalar que es una noción que sigue elaborando, junto con un grupo de investigadores y colegas, algunos de los cuales, para mi despecho, muestran todavía pulsiones neo-populistas y soberanistas desde una mirada que pareciera estar muy atravesada por las luchas de poder de los grandes centros académicos (sus espacios investigativos, sus obsesiones nominativas), que por la necesidad de entender mejor los lugares concretos de América Latina<sup>33</sup>.

Antes que nada, es bueno resaltar la densidad y lucidez del autor, con quien comparto sus inteligentes críticas a la decolonialidad, el postsubalternismo o el comunitarismo, e incluso las nuevas tendencias que han querido proponer un nuevo comunismo (Jodi Dean o Bruno Bosteels). También sus propuestas son

---

<sup>32</sup> Tello (2019) propone una distinción interesante entre “revuelta como irrupción del tiempo histórico” y otra concepción que la ve como “proliferación de máquinas anarquistas” (p. 89), pero creo que su estudio, al concentrarse en el caso exitoso del chileno, suspende su análisis crítico en el entusiasmo de la revuelta, sin ver que los mismos dispositivos, como los discursos del archivo del poder, pueden perpetuarse y maximizarse en la misma protesta, tal como vimos en Venezuela en el 2017 con el aparato represivo que se impuso de forma desalmada.

<sup>33</sup> Villalobos-Ruminott (2019) crítica la teoría hegemónica de Laclau, las visiones reductivas de decoloniales y subalternistas, los proyectos desarrollistas y su complicidad con un capitalismo extractivo, los usos irresponsables de Badiou y la idea de “evento”, con un despliegue minucioso de reflexión teórica, pero al final el enemigo es aprehensible en un solo bloque: los gobiernos de Iván Duque, Jair Bolsonaro, Mauricio Macri, Sebastián Piñera y Donald Trump (p. 204). Omite además a Cuba, Nicaragua y por supuesto a Venezuela. Si bien destaca cómo Estados Unidos sigue teniendo un peso imperial en su hegemonía armamentística, borra y niega el lugar poder cada vez más creciente de China, por no hablar de Rusia, que tiene una presencia muy fuerte en lo geopolítico. Mucha reflexión para rescatar la analítica existencial de Heidegger o la historicidad, pero a la hora de ponerla en práctica en los diagnósticos concretos se ve todavía una mirada molar, binaria, simplista, perpetuando los esquemas latinoamericanistas que tanto critica.

muy interesantes para pensar la literatura, la cultura y muchas otras instancias, como algunas áreas de la misma política. Mi problema es otro y lo trataré de explicar brevemente. Parto del supuesto de que su noción de “infrapolítica” es la base, como él mismo declara, lo que ha llamado “populismo marrano”. Inicialmente fascina al definirlo como ese momento de desmetaforización de las construcciones nacionales, identitarias (Moreiras, 2016, p. 202); ese lugar de “existencia”, insisto, donde la política como *arkhé* se suspende y entra en cuestionamiento. Considero de hecho estimulante tomar en cuenta esa instancia transicional, ese momento dislocado donde se evita totalizar la experiencia. Pero quedo con la duda de cómo se puede repolitizar ese espacio frente al cual se impone una suerte de vaciamiento, por más que lo vinculemos con lo bello y pensemos que allí es donde nacen las verdaderas intensidades<sup>34</sup>. Todo eso parece demasiado inmanente y a la vez insuficiente.

Su gesto de retraimiento sobre la vida en común en estos tiempos de demandas constantes puede ser válido para marcar distancia frente a esta politización partidista y militante creciente. El problema, a mi juicio, es lo que viene después. Al querer llevarlo solo a un acto de autenticidad heideggeriano, donde supuestamente se pueden pensar alternativas distintas sin definir lo que podría abrirse, nos confrontamos con algunos problemas. El primero de ellos es que esa posibilidad de abrir espacios de fuga, de participar en condiciones distintas del pensar político, sirva para satisfacer cierto narcicismo autocontemplativo del *dasein* aislado. El segundo es concederle la ilusión de poder al intelectual, al tener el privilegio de entrever lo alternativo, obliterando momentos de apertura en la interacción con otros y en la participación en formas de solidaridad menos proactivas, muchas de las cuales suceden en prácticas sociales y culturales que no son necesariamente atendidas por pensadores. El tercer dilema reside en la topología de ese mismo no-lugar, pues pareciera colocarse en un afuera radical y no en sitio intersticial, suspendido de la metafísica, pero sin pretender clausurarla o retraerse de ella por completo, lo cual nos colocaría en una posición desasistida de herramientas y criterios para lidiar con decisiones relevantes en esa vida técnica y política en la que estamos y que tanto denuesta, como saber algo tan pueril como votar por un candidato liberal para evitar que gane un neofascista.

<sup>34</sup> Cuando hablo de lo político no hablo en su sentido abstracto, general o sacralizado, sino lo vinculo a prácticas muy concretas, contingentes y también existenciales, como formas de dar sentido a las personas en sus ensayos para una vida en común.

Al menos en Derrida este lugar aporético no se sitúa al margen de lo representacional, de su ontología, y además abre un espacio ético de mesianicidad para el arribo y reconocimiento de lo otro, pero aquí no está tan claro eso; por el contrario, pareciera predominar una pulsión destructiva heideggeriana que una deconstructiva derridiana. Quizás por eso en su reflexión privilegia siempre el movimiento de retraimiento, de éxodo, de renuncia, de distancia por encima al de abertura, relación o colaboración que pueda generar ese no-espacio. Tampoco está clara cómo se daría la posibilidad de construir una comunidad, digamos inoperante, que reconozca lo negado, y, sin generar otras exclusiones, se abra a un nuevo marco.

Otra duda que abrigo nace también desde la relación entre lo infrapolítico y lo “marrano” que quizás esté a su vez vinculado con ese gesto de llevar “frontalmente” lo que llama el “nombre de la deconstrucción en política” (Moreiras, 2016, p. 208). Precisamente si este lugar vacío no logra una fuerza para construir comunidad, ¿cómo puede entonces proponer una alternativa, un tipo de acción, que la deconstrucción por cierto siempre evitó? No basta en empeñarse en destacar la dimensión aporética de la existencia misma, pues no veo, a partir de ahí, cómo se abre el momento desistente de la infrapolítica y con ello lograr las condiciones para que aflore un “populismo marrano”, un populismo que se opone a las tradiciones verticalistas y sutura los espacios de las representaciones para generar nuevas formas de democratización.

Dicho de otro modo, si se parte de una visión existencialista, que no solo rehúye de las dimensiones representacionales de la institucionalidad democrática sino de sus interpelaciones éticas, ¿qué tipo de lazos se abren dentro de esta irrupción y a quién o a quiénes favorecen?<sup>35</sup>. Luego de revisar con cuidado sus propuestas, quedo con un sabor amargo y siento que, al igual que sucede con la construcción de la multitud de la poshegemonía, este populismo marrano o salvaje no me ofrece suficientes insumos para impedir las condiciones de la irrupción “excepcionalista”, de la necesidad del padre Leviatán para poner orden, pues pareciera compartir con estas tradiciones un desprecio por la técnica y por la dimensión representacional de la política,

---

<sup>35</sup> No deja de ser curioso que en su texto refiera evitar una “desmetaforización anárquica” (2016, p. 203), pero a la vez valida su relación con la revuelta y también (y sobre todo) con la venganza, evitando además la interpelación ética del ámbito instrumental que por lo visto está enmarcada en la tradición representacional.

acercándose más a Heidegger y Agamben que al mismo Derrida. Desde ahí no queda claro cómo se puede contribuir con los mecanismos fácticos, institucionales, que puedan neutralizar los avances autoritarios, o incluso para crear comunidad y ciudadanía crítica para contraponerse a los cantos de sirenas del gran patriarca salvador.

Finalmente, si bien hay una crítica al latinoamericanismo y sus construcciones desde la academia norteamericana, siento que Moreiras sigue compartiendo algunos de sus presupuestos más reductivos. El marco a partir del cual se funda su visión del archivo latinoamericanista sigue varios elementos que propone Rama (1984), modelo interpretativo desde el cual se llevaron a cabo ciertas lecturas que tanto criticara, como las decoloniales y possubalternistas, donde la marca entre la ciudad letrada y la ciudad oral o popular es muy tajante. Presume, además, que este *arkhé* es la totalidad de los espacios literarios del continente, cuando la impresión que tengo es que es una construcción que se dio en la interacción de los campos culturales e intelectuales más relevantes de América Latina y los centros institucionales de USA y Europa, reproduciendo esa riesgosa confianza, tan peligrosa en los académicos del exterior, de poder hablar por otros con mucha facilidad. Pero no satisfecho con eso, se toma la licencia de clausurar sus dinámicas, siguiendo por lo visto un solo horizonte bochornoso o malo: el de beneficiar el llamado “liberalismo criollo”. Quizás por ello sus miradas a Venezuela estén muy mediadas por la necesidad del salvar formas de neo-populismo de Iñigo Errejón y sus amigos bolivianos por su valor teórico, que por entender casos específicos de su situación, por más que haya sido un crítico valiente e inteligente de estas tendencias, sin olvidar su acérrimo cuestionamiento al bolivarianismo chavista. De sostener una interlocución más empírica sobre la realidad venezolana posiblemente —quizás desde mi propio lugar limitado de enunciación “criollo”— cuidaría mejor el entusiasmo por su gesto exteriorista de supuesta democratización populista.

#### 4. A MANERA DE CONCLUSIONES

En suma, percibo que en estas tendencias recientes del latinoamericanismo todavía existen razones para dudar. Si lo republicano está determinado por una clase o una subjetividad colectiva, sea en el sentido clásico marxista o en el sentido subalternista-plebeyo, otra vez dividimos de antemano lo que debe unir. Si, por otro lado, es más bien débil o “marrano” al excluir las tradiciones

institucionales y representacionales, termina siendo más duro de lo que se cree y, quizás por eso, genera una posible invitación a la violencia delincuencial e ilegal. No veo en ellas la capacidad de enfrentar el potencial elemento autoritario del populismo, como si fuese algo inevitable en Latinoamérica y, gracias a ello, se vuelven indiferentes a sus posibles procesos de autocratización; cabe recordar que, según un estudio reciente del *V-Dem Institute* (2020), la forma como se están instaurando las autocracias recientes no es bajo el golpe de Estado, tan propio de la Guerra Fría, sino bajo las mismas democracias<sup>36</sup>. Destilan cierto desdén o desprecio por la alternabilidad del poder y la autonomía de las instituciones, como si fuesen propiedad exclusiva de la derecha y no mecanismos para evitar la acumulación del poder y encausar la democratización populista dentro de un marco plural pacífico. Podemos comulgar con el hecho de que la democracia representativa, desde su modelo bipartidista, ha entrado en crisis por sus alianzas con los sectores económicos más pudientes, por su visión reductiva de la política como marco meramente formal e instrumental, por su complacencia hacia una visión productiva del cuerpo social afín al recorte como simple trabajo de gestión neoliberal, pero pensar que esa dimensión de la democracia llamada burguesa o representativa se reduce a ello, abandonando sus espacios, es un error garrafal; regenerar sus prácticas no debería significar salir de ellas, sino tomarlas. Además se pueden hacer grandes cambios desde ese marco para ensancharlo, pero no para reducirlo y llevarnos a los extremos.

De más está decir que pocas de estas propuestas teóricas ofrecen una alternativa clara de un modelo económico sustentable y creíble frente al capitalismo depravador; se limitan en señalar los peligros del neoliberalismo, o en algunos casos los errores de lo que han llamado el extractivismo sacrificial, pero no ofrecen alternativas públicas que superen tanto el clientelismo y sus lógicas personalistas, como las políticas a ultranza de austeridad y privatización. Muchas veces esquivan la interpelación empírica, siempre vista como un producto positivista detrás de un lenguaje teórico autorreferencial, sin atreverse a hacer su debida traducción de las realidades concretas dentro de cada país para articular los hechos con las reflexiones en una legítima historicidad<sup>37</sup>; en ese sentido, y en contra de lo que postulan, la experiencia histórica

---

<sup>36</sup> Cf. *V-Dem Institute*. (2020).

<sup>37</sup> Creo que las dinámicas sociales, mediales, políticas y culturales en cada contexto son más teóricas y dilemáticas en su práctica que los llamados de escuelas, modas y tendencias filosóficas, y la teorización debería ser para entenderlas, encontrando sus potencialidades subversivas y sus peligros también.



no es atendida en su dimensión contingente, y las lecciones del fracaso de Venezuela han sido para ellos o mal interpretadas o desatendidas en sus efectos devastadores. Pareciera todavía subsistir, aunque no lo mencionen, el manto divisionista entre izquierda y derecha, entre imperio e irrupción popular, sea soberanista o poshegemónica.

De igual modo, está su resistencia a explorar la dimensión institucional del republicanismo moderno, algo que pareciera ser un elemento meramente formal, propio de la lógica representacional de las tradiciones liberales y conservadoras. Si en algunos casos ni siquiera se menciona, en otros se proponen otras instituciones sin piso histórico que la sustente, considerando que hasta ahora las transformaciones *tabula rasa* han fracasado y las que podrían generar éxito son las que coexistan con la democracia representativa, pero esto no parece ser un punto a considerar.

Quizás por lo anterior no le es relevante dar cuenta de algunos elementos significativos en los que siguen enfrascados los populismos recientes, como la reelección indefinida o la falta de autonomía institucional, sin dejar de mencionar otros problemas a los que se niegan a reconocer, como el trabajo con el adversario para una construcción común desde formas de negociación y acuerdo, o la tendencia a la cooptación de lo popular desde la victimización heroica con el propósito de sublimizarlas en formas de militancia muchas veces propagandísticas o clientelares; también estaría la polarización extrema e innecesaria desde la construcción de relatos conspirativos o medias verdades. Siento además que desdeñan otras alternativas de la práctica política de la sociedad civil, la cual por lo visto debería supeditarse a la irrupción de la revuelta o la multitud, a la reificación populista de un líder o al “destituyentismo marrano”, sin tomar en cuenta sus esfuerzos por ganar espacios de discusión y transformación dentro de las instituciones, a veces en alianza con sectores adversos. Al final también son insatisfactorias las respuestas que buscan replantear el *arkhé* latinoamericanista, de lograr una verdadera suspensión o fuga, algunos casos aprehendiéndolo como una totalidad que desde sus bibliotecas en Estados Unidos, España u otro país de Latinoamérica pueden visibilizar, y otros simplemente negando algunas de sus rutas alternas, distintas.

Ninguna de estas tendencias, además, nos ofrecen alguna herramienta en lo inmediato para lograr entender lo que sucede en Venezuela y superar la crisis, por no hablar de un cambio, y eso que pienso que pueden ser muy

productivas en otros espacios; por lo visto la tendencia por suprimir cualquier forma de ver el fracaso venezolano como *exemplum* está por encima de cualquier otro gesto de reconocimiento o comprensión. Si nos quedamos buscando un buen padre populista republicano, tendremos que esperar la llegada del Mesías, pues habrá que superar las pruebas de lo que Iñigo Errejón, Gustavo Petro o muchos otros consideran como legítimo líder democrático, es decir, amigos de ellos y de sus agendas continentales. Si, por otro lado, apostamos al “no-lugar marrano”, el régimen de Maduro quedará muy contento hasta que aparezca la alternativa entre intelectuales iluminados, sobre todo si vienen del IV League de USA o de las buenas universidades españolas. Y, si apostamos por la rebelión de nuevo, veremos actos de represión sin igual; no deja de ser curioso que, siendo propuestas que se circunscriben dentro de la órbita de los estudios latinoamericanistas, no tengan respuesta alguna para comprender o soliviantar una de las peores situaciones que vive un país en América Latina. Así, siguen compartiendo muchos presupuestos de quienes han sido sus oponentes teóricos (decoloniales, subalternistas y otros), muchos de los cuales auspiciaron el modelo de la “marea rosa” para omitir las violencias que se han dado y se siguen dando en Venezuela. Como le sucede al alacrán en esa famosa historia donde cruza el río con la rana, guardan todavía su aguijón punzante para sacarlo en el momento más inesperado.

## REFERENCIAS

- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus.
- Avelar, I. (2008). Espectros de Benjamin: duelo, trabajo y violencia en Jacques Derrida. *Archivos: revista de filosofía*, 2-3, 75-91.
- Ávila, K. (2019, 2 Julio). Una masacre por goteo: Venezuela y la violencia institucional. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/venezuela-maduro-represion-izquierda/>
- Ávila, K. (2020, Junio-Julio). Dan más balas de las que reciben: uso de la fuerza letal en la Venezuela post-Chávez. *Revista Crítica Penal y Poder*, 6, 311-344. <https://revistes.ub.edu/index.php/CriticaPenalPoder/article/view/32168/32287>
- Ávila, K. y Gan Galavís, N. (2018). Balance de muertes violentas ocurridas en el contexto de la conflictividad política de Venezuela durante abril-junio 2017. *Anuari del conflicte Social*, 7, 1-39. <https://doi.org/10.1344/ACS2018.7.3>

- Beasley-Murray, J. (2010). *Poshegemonía: Teoría política y hegemonía*. Paidós.
- Benjamin, W. (1955) [1940]. Tesis de filosofía de la historia (pp. 177-191). *Discursos interrumpidos*. Taurus.
- Benjamin, W. (2007) [1921]. Para una crítica de la violencia. *Conceptos de filosofía de la historia* (pp. 65-66). Terramar, trad. H.A. Murena y D.J. Vogelmann.
- Bernstein, R. J. (2015). *Violencia: Pensar sin barandillas*. Gedisa.
- Cadahia, L. (2018, febrero). Populismo republicano: más allá de Estado versus pueblo. *Nueva Sociedad*, 273, 72-82. <https://nuso.org/articulo/populismo-republicano-mas-alla-de-estado-versuspueblo/>
- Cadahia, L. (2018, 3 de mayo). Entrevista a Luciana Cadahia: ¿Por qué pensar en contra del Estado? [Entrevista] Keve, C. *Clarín. Revista* N°. [https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/pensar\\_0\\_ByR4gGt6G.html](https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/pensar_0_ByR4gGt6G.html)
- Cadahia, L. (s/f) [2015]. Populismo y hegemonía del siglo XXI. *La trivial*. <http://latrivial.org/populismo-y-hegemonia-del-siglo-xxi-luciana-cadahia/> Transcripción del vídeo: <https://www.youtube.com/watch?v=zHrIkTgwCK8&t=755s>
- Cadahia, L., Coronel, V. Guanche, J. y Stoessel, S. (2019). Hacia una nueva lógica del populismo: de la ruptura de las instituciones a la institucionalidad rupturista. *Reserca, revista de Pensament I anàlisis*, 25(1), 25-46.
- Castro-Gómez, S. (2019). *El tonto y los canallas: notas para un republicanismo transmoderno*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. (2007, enero-junio). Michel Foucault y la decolonialidad del poder. *Tábula Rasa*, 6, 153-172.
- Castro Leiva, L. (2009). La disolución del sujeto en el contrato social. *Lenguajes republicanos* (pp. 346-370). Fundación Polar.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración den la Nueva Granada (1750-1816)*. Ponticia Universidad Javeriana-Pensar.
- Castro-Gómez, S. (s.f.). Entrevista a Santiago Castro-Gómez: La izquierda en América Latina nunca tuvo la hegemonía. [Entrevista] Lledín Vitos, J. *la trivial* (sic). <https://latrivial.org/entrevista-a-santiago-castro-gomez-la-izquierda-en-america-latina-nunca-tuvo-la-hegemonia/>
- Chaguaceda, A. y Camero, Y. (2021, próximo). Republicanism and Populism: Articulation of Plurality or Plebeian Democratism? *Thesis Eleven*, 170, 34-43.
- Coronel, V. y Cadahia, L. (2018, febrero). Populismo republicano: más allá de Estado versus pueblo. *Nueva Sociedad*, 273. <https://nuso.org/articulo/populismo-republicano-mas-alla-de-estado-versuspueblo/>

- Derrida, J. (1997). Nombre de pila de Benjamin. En *Fuerza de ley: fundamento místico de la autoridad* (pp. 69-140). Tecnos.
- Fundación Chile Movilizado. (2020, 29 marzo). *El Momento Populista*, Capítulo 1 [Video]. YouTube. <https://www.facebook.com/watch/?v=1586410894815981>
- Cadahia, L. (2019). Entrevista a Luciana Cadahia: Frente a la idea de nación oligárquica hay que pensar la de una nación plebeyo.[Entrevista] Elorduy, P. *El Salto*. <https://www.elsaltodiario.com/pensamiento/entrevista-luciana-cadahia-que-es-populismo>
- Karmy, R. (2019a). *El Porvenir se hereda: fragmentos de un Chile sublevado*. Sangría Editora.
- Karmy, R. (2011-2012). La potencia de la intifada. Prolegómenos para una genealogía de la razón civilizatoria. *Archivos: Revista de Filosofía*, 6-7, 147-188.
- Karmy, R. (2018). Intifada: notas sobre una insurrección imaginal?. *Reflexión*. 43(2) 225-241.
- Karmy, R. (2019b, 25 de enero). La operación Venezuela: Notas sobre el capitalismo transparente. *El Desconcierto*. <https://www.eldesconcierto.cl/opinion/2019/03/25/la-operacion-venezuela-notas-sobre-el-capitalismo-transparente.html>
- López, M. (2020, 1 de noviembre). La izquierda frente a esos ‘malos salvajes’ venezolanos. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/opinion/la-izquierda-frente-a-esos-malos-salvajes-venezolanos.phtml>
- REC Latinoamericana (2017, 8 de febrero). El efecto Venezuela” y la izquierda latinoamericana-Santiago Castro-Gómez y Luciana Cadahia [video] <https://www.youtube.com/watch?v=gNE65kjZY7Q>
- Sánchez, R. (2016). *Dancing Jacobins: A Venezuelan Genealogy of Latin American Populism*. Fordham University Press.
- Leal Curiel, C. (2019) *La primera revolución de Caracas 1808-1812*. Universidad Católica Andrés Bello.
- Levy, Jacob T. (2016). Beyond publius: Montesquieu liberal republicanism. *History of Political Thought*, 1, 50-90.
- Maget, F. (2020, diciembre). Primavera árabe: ¿una rebelión que no dio frutos? *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/la-rebelion-que-no-diofrutos/?fbclid=IwAR1NWIDw>
- Maquiavelo, N. (2020). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Greenbooks editore.
- Moreiras, A. (2016). *Marranismo e inscripción o el abandono de la conciencia desdichada*. Escolar y Mayo Editores.
- Moreiras, A. (2018). Sobre populismo y política: hacia un populismo marrano. *Política común*. <https://quod.lib.umich.edu/p/pc/12322227.0010.011?view=text;rgn=main>

- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Ediciones Del Norte.
- Rancière J. (1996) [1995]. *El desacuerdo*. Polica y filosofía. Ediciones Nueva Visión.
- Rosanvallon, P. (2014). *La contre-démocratie: La politique à l'âge de la défiance*. Editions du Seuil.
- Russo, A. (2021). El grupo de Lima: entre las fallas de origen y la salida de Argentina. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/el-grupo-de-lima-entre-las-fallas-de-origen-y-el-retiro-de-argentina/>
- Shklar, J. (1990) Montesquieu y el nuevo republicanismo. En *Machiavelli and Republicanism* (pp. 266-78). *Cambridge University Press*.
- Starobinski, J.(1989). *Montesquieu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Starobinski, J. (1992). *Jean-Jacques Rousseau: la transparencias y el obstáculo*. Taurus.
- Tello, A. M. (2019). “Otro fin de mundo es posible”. *Revuelta y anarquismo. Re-presentaciones, periodismo, comunicación y sociedad*, 12, 77-91. <https://doi.org/10.35588/rp.v0i12.4320>
- V-Dem Institute. (2020) (Autocratization Surges—Resistance Grows. *Democracy Report* . University of Gothenburg. [https://www.v-dem.net/media/filer\\_public/de/39/de39af54-0bc5-4421-89ae-fb20dcc53dba/democracy\\_report.pdf](https://www.v-dem.net/media/filer_public/de/39/de39af54-0bc5-4421-89ae-fb20dcc53dba/democracy_report.pdf)
- Villalobos-Ruminott, S. (2019). *La desarticulación: epocalidad, hegemonía e historicidad*. Ediciones Macul.
- Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores.